

BOLEA (HUESCA): UNA FORTALEZA DE LA MARCA SUPERIOR DE *AL-ANDALUS*

Carlos Esco Sampériz
Philippe Senac *

Si analizamos detalladamente las fuentes árabes que se refieren al distrito de Huesca, sito en la Marca Superior de *al-Andalus*, podemos observar que Bolea, a pesar de ser citado con diversas grafías y denominaciones, aparece siempre como uno de los enclaves que forman parte de su sistema defensivo frente al poder cristiano aragonés.

Pero, además de esta constante, Bolea parece mantener durante su prolongada existencia una característica respecto al resto de los núcleos islámicos; de hecho, así es referido específicamente en las fuentes: su papel o binomio como importante centro militar-amurallado que controla el acceso a la *madīna* de Huesca por su parte noroeste, a la vez que núcleo económico de especial relevancia por estar enclavado en un área de grandes recursos agropecuarios. Esta última característica había determinado ya antaño que dicho espacio territorial constituyese un tradicional lugar de asentamiento en un gran número de secuencias culturales, entre las que cabe destacar aquí la de época romana y visigoda, pues ello conforma, a la llegada de los musulmanes, la base de la comunidad mozárabe aquí instalada.

En contraste con otros núcleos de época islámica, como es el caso de Piracés (ESCO, C. y SENAC, Ph., 1987) o el Sen y Men (ESCO, C. y SENAC, Ph., 1987), que se hallaban prácticamente en el anonimato, referido a Bolea y a su entorno se ha realizado, en cambio, un cierto número de investigaciones de tipo monográfico, que abordan un amplio espectro de las etapas de su pasado pre y protohistórico (UTRILLA, P., 1981; DOMÍNGUEZ, A. *et alii*, 1984), romano (LOSTAL, J., 1980; MOSTALAC, J., 1980;

* Dibujos: José Miguel PESQUÉ LECINA.

FATÁS, G., 1976), medieval cristiano (BALAGUER, F., 1952) o bien en su aspecto íntegro en el campo histórico-artístico (NAVAL, A., 1980 y 1983), faltando, sin embargo, una exclusiva aproximación a su prolongada etapa islámica, en la que se reflejen diversos hallazgos y hechos arqueológicos y se analice su función dentro del marco y mundo andalusí.

1. EL MARCO GEOGRÁFICO Y HUMANO.

1.1. Ubicación y medio natural.

Bolea se halla ubicado en la parte occidental del Somontano oscense, al pie de las estribaciones montañosas de las sierras Caballera y Gratal, auténtica barrera natural que supera los 1.500 m de altitud y que forma parte del conjunto de las Sierras Exteriores pirenaicas, denominadas en esta parte por al-RĀZĪ (s. X) *Sierra de Aragón* y por el cronista árabe al-'UDRĪ (s. XI) *Monte Aragón*. Es, pues, éste uno de los enclaves que, establecidos en plena área de contacto entre la árida montaña y el fértil llano que le sucede al sur, ha tenido históricamente como centro geopolítico la ciudad de Huesca, de la que dista apenas una veintena de kilómetros (fig. 1).

Situado a 627 m de altitud, el núcleo urbano de Bolea se desarrolla en las laderas y vertiente intermedia de dos destacadas colinas, de 685 y 712 m de altitud, hoy enormemente erosionadas y faltas de vegetación, a excepción de unas pocas espinosas, donde se atisba la presencia de una serie de marcados canales de escorrentía, amén de las diferentes unidades estratigráficas que las conforman, integradas por diversas capas sedimentarias de arenisca de distinto grosor y consistencia. El entorno es un amplio llano, salteado por una serie de pequeños accidentes orográficos y atravesado por el río Sotón. Su disponibilidad natural es propicia para el cultivo de cereal, y en las vallonadas mejor protegidas, sitas a sotomonte, para la explotación del olivo, el almendro y los árboles frutales, que, ya aludidos en una fuente árabe, se extienden todavía hoy en grandes proporciones en su parte norte.

Su estratégica situación y la potencial riqueza de sus tierras han determinado que esta área haya sido, desde antaño, punto de atracción y asentamiento de hábitats en las diferentes secuencias culturales. No obstante, un súbito proceso de decadencia se ha acentuado en los últimos años, si bien todavía continúa siendo cabecera de la fértil zona de la Sotonera (NAVAL, A., 1983).

1.2. El poblamiento. Antecedentes.

A la vista de lo descrito, es fácil adivinar que la ocupación del área se remonta considerablemente en el tiempo. Muestra de ello es el yacimiento de Santa Quiteria, perteneciente a época del Calcolítico-Edad

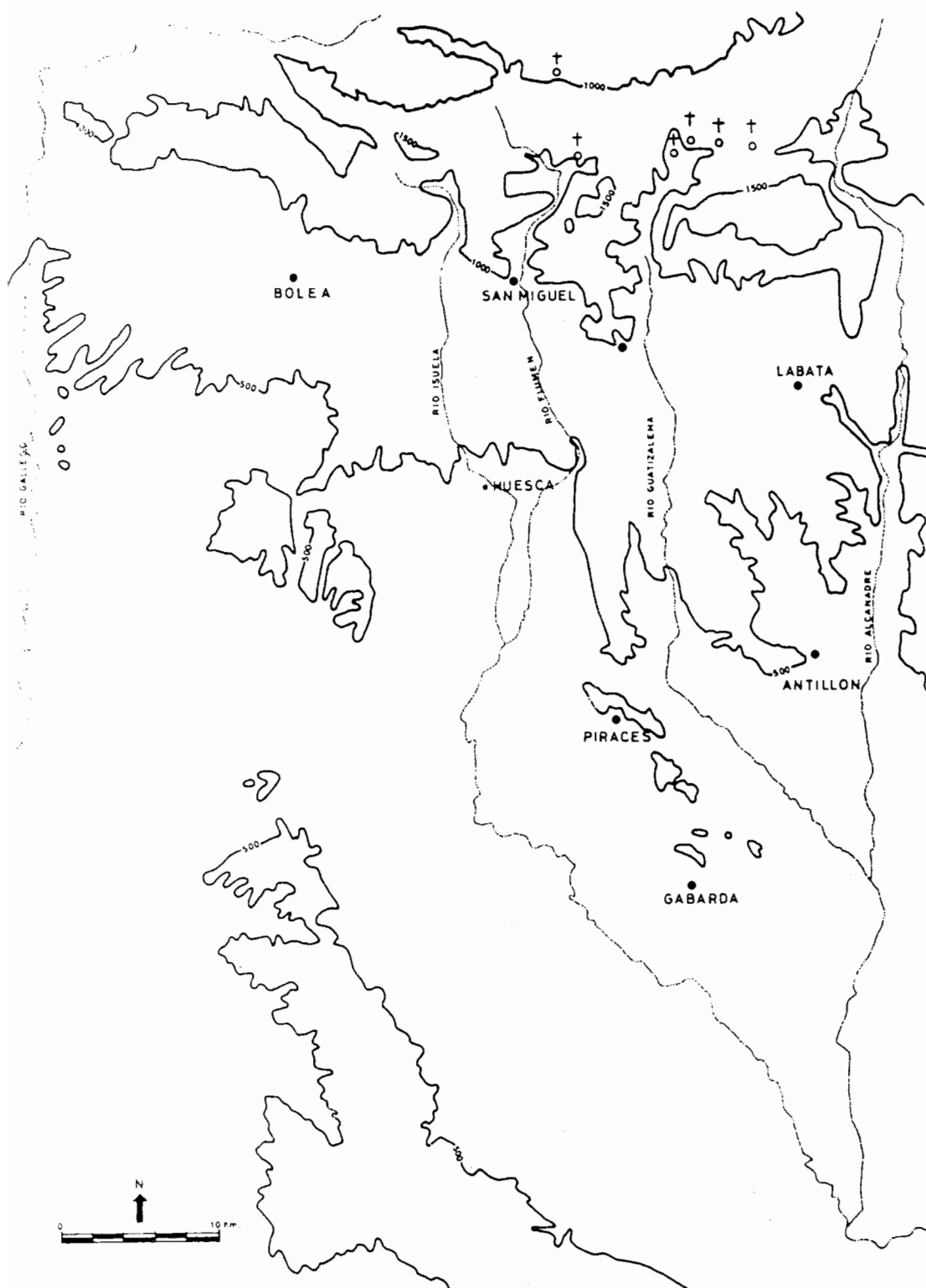


Figura 1: Plano de los *ḥuṣūn* del distrito musulmán de Huesca.

del Bronce y sito en la parte septentrional de Bolea. En él, y a pesar de su alto índice de destrucción por las labores agrícolas, pudo percibirse la existencia de un asentamiento con posibles cistas dolménicas con túmulo, en el que se recuperó una considerable cantidad de útiles en sílex, si bien no se produjo ningún hallazgo cerámico (UTRILLA, P., 1981).

El hábitat del área se verá continuado en épocas posteriores, tal como se aprecia en el yacimiento de "Betanz", también denominado "Betance", ubicado en la parte meridional del actual núcleo de Bolea. Aquí, y sobre un cerro en el que se hallan restos materiales relacionados con los ajuares de enterramientos de la cultura de "Campos de Urnas", se establecería un asentamiento ibérico, con posible muralla defensiva. En él se han realizado diversas prospecciones y sondeos arqueológicos, siendo notable de reseñar el hallazgo de una placa de cinturón fechada a partir del siglo VI a.C., un colgante fálico y un pequeño exvoto de bronce que representa un león recostado, además de diversos restos de estructuras cerámicas (DOMÍNGUEZ *et alii*, 1984, 66) y monetarios (DOMÍNGUEZ, A., 1978).

Pero, sin duda alguna, cuando esta área alcanza un alto nivel de ocupación es en época romana, testimonio de lo cual es la existencia en la partida denominada "La Corona", sita al oeste de Bolea, de un enclave donde han aparecido abundantes e interesantes restos materiales de esta época. Se trata de una importante estación arqueológica que se extiende sobre un "saso" sito a orillas del río Sotón y que, a juzgar de la valoración de A. CASTÁN (1974), bien podría ocupar una superficie superior a las cinco hectáreas. En él se han extraído un gran número de monedas que abarcan un amplio espectro cronológico, desde la época republicana al Bajo Imperio, aunque predominan las constantinianas, además de una gran cantidad de restos materiales (cerámicos, de construcción, ...), de entre los que cabría destacar una escultura de mármol acéfala que representa una figura femenina recostada en su lecho, portando un rollo en su mano derecha (DOMÍNGUEZ, A. *et alii*, 1984, 66).

La extensión e importancia de este asentamiento parece ser tal que es difícil encontrar otro de época romana en un entorno más o menos amplio susceptible de ser comparado con él, a excepción, quizás, del "Castillón" de Puibolea, ubicado en un altozano próximo donde se han hallado también numerosos restos de diversas secuencias culturales. Entre ellos, merece ser destacada una gran abundancia de numerario, el romano desde Tiberio a Constancio II (DOMÍNGUEZ, A. *et alii*, 1984, 136), además de un importante lote de materiales de época visigoda, especialmente hebillas con aguja de base escutiforme y placas liriformes, actualmente en estudio.

Este hecho, unido a la más que probable localización de "*Calagurris Fibularia*" en esta área (tradicional y, al parecer, erróneamente, se ha venido ubicando en el solar del cercano castillo de Loarre), ayuda a plantear la hipótesis, ya mencionada en alguna ocasión, de que dicho enclave pudiera ser identificado con alguno de estos asentamientos (TERÉS, E. y VIGUERA, M. J., 1981, 266).

Las noticias documentales existentes sobre "*Calagurris Fibularia*" se remontan a Plinio (III, 3, 24), cuando en su texto la cita como ciudad estipendiaria del convento caesaraugustano (*Calagurritanos que Fibularenses cognominatur...*), si bien es César (*Bel. Civ.*, I, 60, 1) quien nombra a unos *Calagurritani* como contributos de los oscenses, debiendo referirse en buena lógica a los habitantes de "*Calagurris Fibularia*" (*Interim Oscenses et Calagurritani erant Oscensibus contributo*).

El epígrafe aparecido en Lérida concordaría con una localización en territorio ilergete y, muy posiblemente, en las proximidades de Huesca (*Oscia*) "*FIBULAR...*" (SANCHO, L., 1981, 77).

La paulatina decadencia del Imperio romano debió de ocasionar, no obstante, que tanto sus centros urbanos como las villas señoriales entraran en un estado de progresivo abandono. Este proceso histórico parece estar constatado en el Altoaragón en época visigoda, y más especialmente en el siglo VII, cuando vemos aparecer numerosos asentamientos, generalmente ubicados en pequeños altozanos, a modo de castros, que se distribuyen mayoritariamente en los alrededores de la *civitas* de Huesca y del actual núcleo de Bolea. En este último caso se sitúan en su parte este, y más exactamente en las inmediaciones de Puibolea, pudiéndose pensar incluso que algunos de ellos perduran durante los primeros siglos de ocupación islámica, desarrollando sus comunidades mozárabes un importante papel dentro de la explotación del medio agrícola circundante.

Esta hipótesis, en principio novedosa, está constatada de forma particular en uno de los asentamientos citados. en el que han aparecido diversos materiales de época visigoda, como es una gran variedad de hebillas y placas de cinturón, junto con diversos feluses y varios *dirhem* emirales, lo que contrasta con una total ausencia de material cerámico de época islámica. Sin embargo, la presumible colaboración de un primer momento parece cambiar a comienzos del siglo XI, cuando los cristianos están ya próximos a ocupar este territorio.

En suma, las posibilidades económicas del territorio y su estratégico enclave han determinado que éste haya sido un foco de atracción y pervivencia de las diferentes secuencias culturales y que en él existiese, al menos en época romana y visigoda así se demuestra, un abundante y denso poblamiento. Este hecho y las características antes señaladas son las razones que pudieron determinar la creación de un asentamiento islámico, presumiblemente en los primeros momentos de la conquista, que poseería básicamente la función de controlar y ser centro de poder de un importante territorio, tanto desde el punto de vista de sus recursos económicos como poblacionales, dándose, al parecer, sin embargo, una cierta convivencia entre ambas etnias durante un tiempo más o menos prolongado.

2. BOLEA EN ÉPOCA MUSULMANA.

A tenor de la información existente, no parece probable que los musulmanes se asentaran en un establecimiento urbano creado y ocupado por la población precedente, en un claro proceso de superposición, sino que más bien buscaron un nuevo lugar, próximo a los anteriores, en un más que probable deseo de fundación urbana *ex novo*, en un claro intento de buscar un lugar de difícil acceso y, por lo tanto, fácil defensa. Posteriormente, el desarrollo económico y político de este nuevo centro será el que actuará de reclamo para las poblaciones mozárabes próximas, y ello producirá, a la vez que su definitivo estrangulamiento, el auge de este enclave islámico.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la topografía y características generales del núcleo de Bolea son similares a las de otros centros de poblamiento de época islámica, como Almudévar o Alcalá de Gurra, donde se busca la zona elevada, entre dos denotadas colinas, a cuyos pies se ubicó en algunos casos un importante enclave romano (fig. 2).

La primera información documental referida a la Bolea islámica aparece en la crónica del MORO RASIS (889-955), lo que nos indica su existencia en el siglo X y su condición, ya al menos en este momento, de plaza fortificada. Las diferentes versiones portuguesas y castellanas del texto, cuyo original ha desaparecido, presentan el mismo enunciado, al referirse a los nueve castillos del distrito de Huesca: "...*E otro que ha nonbre Tolia, yaze cerça de la Sierra de Aragon...*" (CATALÁN, D. y DE ANDRÉS, S., 1975, 48).

La segunda alusión a Bolea se halla en dos fragmentos muy cortos de la obra del cronista andalusí al-'UDRĪ (1003-1085). El lugar aparece aquí por vez primera como una de las fortalezas (*ma' āqil*) pertenecientes al distrito de Huesca:

"...otro el de Yulugo (ḥiṣn Yulūyu), que tiene una preciosa muralla (sūr nafīs) y, entre las casas, intramuros (dāhil al-sūr), hay molinos harineros que trabajan continuamente en invierno y en verano. Tiene abundantes frutales y está cerca del Monte de Aragon (Yabal Aragūn) que es un monte famoso entre los cristianos..." (DE LA GRANJA, F., 1967, 506).

Poco más adelante, Bolea aparece nuevamente citado por el cronista al-'UDRĪ, si bien en esta ocasión con el nombre y la escritura de "*Qaṣr Yūluyu*", en relación con algunos acontecimientos históricos ocurridos en la segunda mitad del siglo IX:

"En el año 264 de la Hégira (877-878), Zakariyya ibn Umar ataca a los habitantes de Huesca y entró en dicha ciudad, justo en el momento en que Umar ibn Zakariyya se había ausentado para ir a Qasr Yuluyu" (DE LA GRANJA, F., 1967, 519).

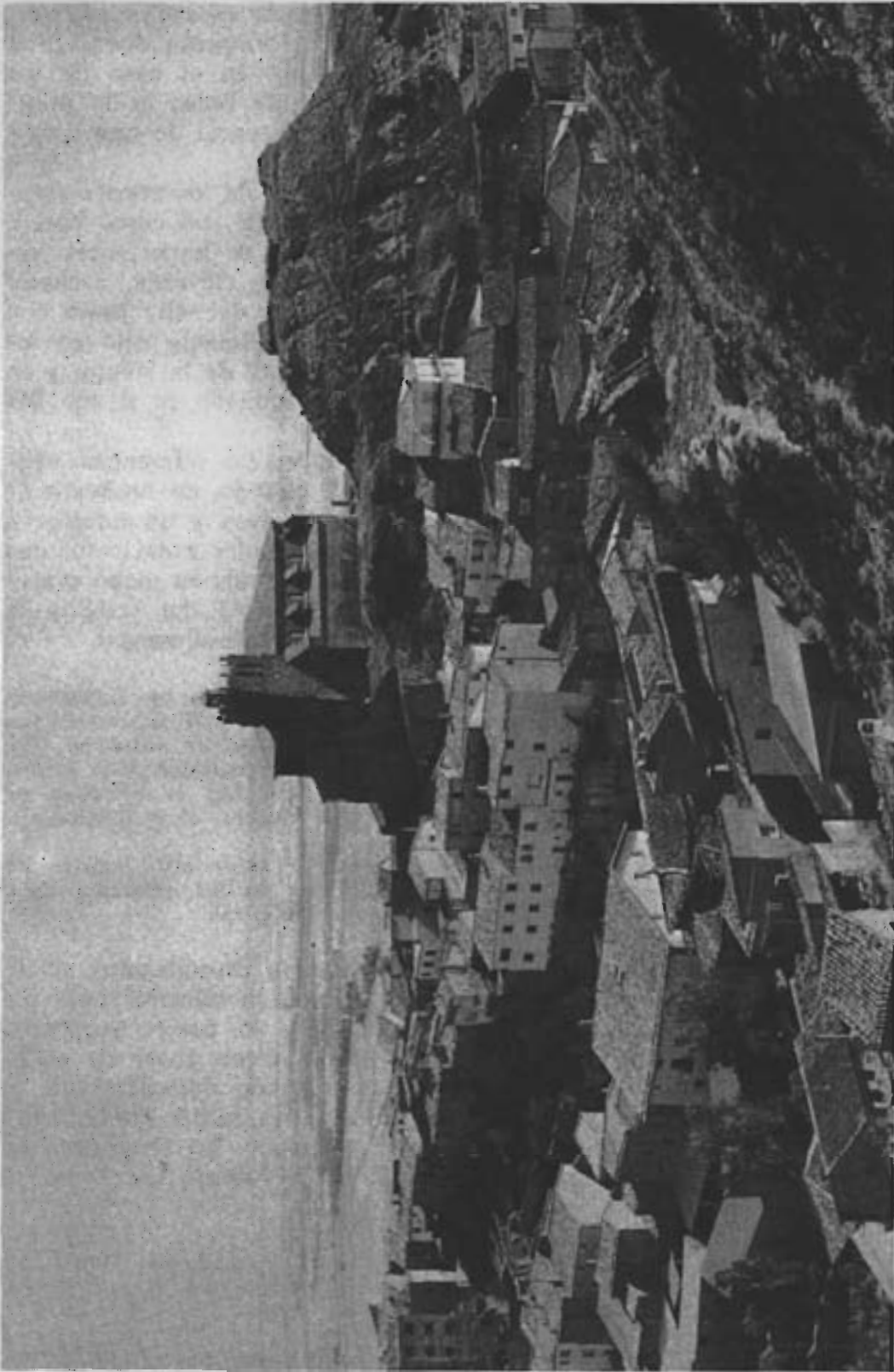


Fig. 2: Vista parcial del enclave de Bolea (núcleo A).

Nuestro conocimiento del núcleo de Bolea sería escaso si algunos documentos latinos no vinieran a completar la información documental antes referida. La aportación realmente interesante en el caso de los textos latinos anteriores a la conquista definitiva de Bolea es la información que nos proporcionan con respecto a la existencia de una comunidad mozárabe.

Ésta debía de estar constituida por descendientes de los grupos asentados en los alrededores de Bolea en época precedente, tal como parece demostrarse de los hallazgos en sus emplazamientos de importantes restos materiales, principalmente hebillas y broches de cinturón, cronológicamente encuadrables entre el siglo VI y comienzos del VIII; junto con feluses, monedas de cobre que se acuñaron ocasionalmente sólo en los primeros tiempos de la invasión, en los siglos III y IV de la Hégira y en el reino nasri de Granada, y un *dirhem* de plata acuñado en el año 241 de la Hégira por el emir Abd al-Rahman II.

Documentalmente, este hecho está constatado en las referencias existentes en el cartulario de San Juan de la Peña, cuando, en un texto de 1043, se refiere a la hipotética donación de tres fincas y un huerto en Tierz, población próxima a Huesca y todavía en poder musulmán, que realizaron don Ferriol de Bolea y su hermano, refugiados en dicho centro monástico pirenaico tras un aparente recrudescimiento del trato a la comunidad mozárabe por parte de las autoridades musulmanas:

"In diebus nostris venerunt super nos multa mala, et fugiebamus ante faciem paganorum, quia si videbant alicui aliquid habere accusabant illus apud regem sarracenorum et accipiebant et mittebant illos in carceres et in multas penas donec redderet unusquisque mille metkales de auro, sicut fecerunt ad Abiminna de Boleia et Ferrecint de Anzano et Adabnoric de Arbanes et alios multos quos longum est scribere.

Et cum vidissemus nos tanta mala venire super nos, fugimus ad Santum Iohannem cum nostro habere et alios multos nobiscum simul quod longum est nominare..." (UBIETO, A., 1963, 53).

Antonio UBIETO, por argumentos y criterios no especificados en su estudio, considera dicho texto como falso, lo cual a nuestro modo de entender, que coincide con el de otros autores, no parece acertado; tanto el documento como los hechos narrados parecen gozar de credibilidad. Ello está confirmado, además, en un segundo documento de la misma colección diplomática, unos pocos años más tardío (1061), considerado esta vez por el citado autor como auténtico. En él aparece un texto firmado por el escriba Ramiro de Bolea —*Ramio ben Lope*, en caracteres árabes—:

"Et ego Ramio de Voleia scribtoris, qui pro iussionem domni me, abbate domno Velasco ista carta de manu mea scripsi et hoc signum feci (Ramio ben Lope)" (UBIETO, A., 1963, 206).

El monasterio pinatense debió de ser pues, realmente, el centro de refugio de gentes mozárabes procedentes de las tierras del sur, quizás

ante el recrudescimiento del trato dispensado por los mandatarios musulmanes, coincidiendo con el fin del poder de los Tuyibies en la Marca Superior y con la instauración de la dinastía Banu Hud en 1038, con la problemática que de ello se deriva (VIGUERA, M. J., 1981, 144).

El propio hecho de que estos territorios parezcan mantener una notable población mozárabe y que estén, a pesar de su cercanía a la *madina* de Huesca, muy próximos al *limes* natural entre cristianos y musulmanes, establecido en las sierras de Gratal y Guara, así como a sus vías y puntos de acceso, determinó que los escarceos militares y la toma de posiciones de los primeros comenzasen poco después del año mil, y más exactamente a partir del segundo tercio del siglo XI. Así, ya en 1058, es decir, tras los primeros acontecimientos señalados, se sabe que hubo un primer intento por parte de Ramiro I de Aragón de controlar el área circundante a Bolea. De hecho, en esta fecha, el enclave de Puibolea, distante aproximadamente cinco kilómetros del anterior, cayó en manos cristianas, tal como lo certifica un documento contenido en la colección diplomática de San Juan de la Peña, por el que dicho monarca ingenua a Sancho de Puibolea cuantas heredades tuviese o pudiese tener de sus parientes, al parecer en gratitud por los servicios prestados en la toma de dicha plaza.

“Ego Ranimirus Sancioni regis filius, tibi Sancius Bolienis de Pueio, propter causa de castro de Pueio quod tenisti in manus de christiani et illo posuisti ingenuo in tota mea terra...” (UBIETO, A., 1963, 167).

Pero en el referido texto queda bien claro que esta acción, a pesar de pretender un resultado final de gran alcance, sólo consiguió un resultado puntual en el centro de Puibolea, “*castro de Pueio*”, ya que Bolea “*castro Voleia*”, al contrario de lo que ocurre con las fortificaciones próximas de Cababiello, Loarre, Agüero y Murillo de Gállego, en las que figuran sus respectivos “tenentes”, sigue todavía en poder musulmán:

“Et si aliquando tempore castro Voleia dederit Deus ad christianos, det tibi qualis rege erit unas kasas cum sua hereditate...” (UBIETO, A., 1963, 167).

3. LA CONQUISTA DE BOLEA.

La conquista de Bolea es un tema que, si bien ha sido ya tratado por A. UBIETO (1951, 117), posee un gran interés histórico por su desarrollo, a la vez que es fuente de numerosos documentos de considerable valor historiográfico.

Los primeros reyes aragoneses no dejaron de hostigar desde comienzos del siglo XI a las poblaciones musulmanas sitas a sotomonte, mediante la instalación de una serie de puntos fortificados de gran envergadura en torno a la vía natural de salida al llano, donde los mu-

sulmanes habían establecido dos puntos fortificados de suma importancia: Ayerbe y Bolea. Frente a estos enclaves, el poder cristiano interpuso, entre otros, los castillos de Agüero, Murillo de Gállego, Sarsamarcuello y Loarre, algunos de los cuales bien pudo haber sido ya con anterioridad un punto de defensa o vigía del sistema defensivo musulmán.

En un primer momento, y a la par que se consolidaban dichos establecimientos, las fuerzas cristianas debieron de mantener una guerra de desgaste y de artimaña, fruto de la cual, y ya en 1058, Ramiro I pudo tomar Puibolea (aunque debió de ser rápidamente perdida), pero no su vecina y poderosa plaza fuerte de Bolea.

Será en 1083 cuando el rey Sancho Ramírez pueda ganar Bolea, que unos años más tarde, en fecha imprecisa de fijar, parece fue nuevamente reconquistada por los musulmanes (JIMÉNEZ DE EMBÚN, T., 1876), si bien gran parte de su entorno permaneció ya definitivamente en poder cristiano, especialmente la cuenca del Gállego. En efecto, en sus proximidades edificó Sancho Ramírez incluso alguna nueva construcción militar, tal como es la fortificación de la torre de Garisa, situada entre Quinzano y Loscorrales, lindando con el término de Loarre y muy próxima a Bolea (UBIETO, A., 1981, 87).

De hecho, tan segura debió de parecer su conquista que, al igual que ocurrió con una serie de enclaves islámicos, los reyes aragoneses contaron ya antes de su toma con algunos de los bienes de su infraestructura pública, especialmente la religiosa, para acrecentar los entonces todavía escuálidos patrimonios de los centros monásticos recién creados. Así, un documento de mayo de 1093, anterior a la conquista de Bolea, por el que Sancho Ramírez y su hijo Pedro dotan la iglesia del cenobio de Montearagón, nos revela la presencia en este lugar de un número indeterminado de iglesias, capellanías y mezquitas:

"Addimus similiter ecclesias et capellanas de Boleia cum omnis alodiis, terris, vineis, ortis, decimis, primitiis et omnibus appendiciis suis presentibus et futuris. Damus etiam mezquitas ad eadem Boleia cum omnibus que ad eas pertinentibus..." (DURÁN, A., 1965, 76).

Su toma definitiva será difícil y costará no poco tiempo y esfuerzos, al punto que se producirá unos años más tarde de la conquista de la *madīna* de Huesca (1096), tras lo cual Bolea quedó encerrada en una bolsa, cercada por las posiciones cristianas de Ayerbe, Loarre, Aniés, Sabayés, Apiés, Huesca, Plasencia del Monte y Montmesa (1110). Ello no impidió, sin embargo, que sus habitantes y defensores realizaran correrías en la retaguardia aragonesa, una vez que sus tropas comenzaron los primeros asedios a Zaragoza.

Estos hechos y el subsiguiente peligro que acarreaban para el poder aragonés, amén de la molestia que suponía establecer sus comunicaciones con las tierras sitas al oeste de la ciudad de Huesca, también en poder cristiano, pudieron constituir el determinante para que el rey Pedro I decidiera su toma definitiva. Así, en setiembre de 1101, después de

repoblar el valle medio del río Sotón, Pedro I decidió lograr dicho objetivo y para ello dispuso establecer su cerco, tal como lo confirman las datas de algunos documentos: "*in mense septembri in illa acisione de Boleia...*" (UBIETO, A., 1951, 355).

Ante este cambio de estrategia, los musulmanes de Zaragoza se apresuraron a enviar su ayuda, para lo cual organizaron una hueste que, esquivando a los cristianos, se dirigió hacia la posición cercada. El intento fue abortado tras su derrota en las proximidades de Bolea y los musulmanes se vieron obligados a entregar la plaza al rey aragonés, "*Rex Petrus Aragundiae pugnavit cum moabitis XVº kalendas de novembris (1101, octubre, 18) et cepit Boleam castrum...*", según refiere la *Crónica de Saint-Maixent* (UBIETO, A., 1951, 118).

A partir de abril de 1102, si bien pudo ejercer tal función desde la misma fecha de su conquista, Fortún López, señor también en Loarre, aparece ya citado como primer "tenente" de Bolea, en una larga lista de personajes que cubre sin intervalo todo el siglo XII (UBIETO, Agustín, 1973, 131).

4. MUSULMANES HUIDOS Y MUDÉJARES.

Tras la reorganización política de la plaza, se procedió a una rápida ordenación económica, teniendo en cuenta que algunos de sus antiguos pobladores debieron de abandonarla y que, además, el rey debía satisfacer los intereses territoriales de diversas instituciones y personas a él próximas. De todos modos, como es habitual, dichos cambios de propiedad no se producen hasta transcurrido un año de la conquista, fecha que, a juzgar por las capitulaciones de Tudela y Zaragoza, es la que había predominado en su uso en el territorio conquistado. Así, en mayo de 1102, tenemos documentado el primer cambio de propiedad, cuando Pedro I dona a su clérigo don Anner diversas casas y heredades de musulmanes en Bolea, además de cuanto pudiera labrar en el yermo:

"...dono vobis in Boleia illas casas de Farege, et illas casas de Zalema Ibern Alguabeit et de filios suos vel filias, cum eorum hereditate et cum illa hereditate de Algehen ... et similiter concedo vobis quantum potueritis tibi laborare et examplare in illo ermo..." (UBIETO, A., 1951, 368).

A esta donación siguen otras realizadas por el mismo monarca, al conceder en 1103 a don Galindo las casas que fueron de Abin Fahre:

"...dono tibi in Boleia illas kasas de Abin Fahre, cum tota hereditate, sicut melius tenentes fuerunt in tempore de mortis" (UBIETO A., 1951, 382).

o en el año siguiente (1104), cuando ofrece a su tallador Burfange unos casales intramuros junto a un alodio, propiedad de musulmanes huidos:

"...illos casales quod michi petisti intro illo muro, prope illa lacuna de illa porta usque ad illo orto, sicut se tenent in costa de illo muro; et dono tibi tota illa alode que fuit de Ibern Axelig et de Ablazbelig, ambos germanos..." (UBIETO, A., 1951, 405).

Las entregas perdurarán durante buena parte del siglo XII, aunque cada vez con menor intensidad que en los primeros momentos. De este proceso resultarán beneficiados, aparte de algunos particulares muy ligados al rey, los monasterios de San Juan de la Peña, Santa Cristina de Somport y, especialmente, el de Montearagón, a quien pertenecía la iglesia de Bolea, y donde dicho cenobio llegó a poseer un gran número de propiedades territoriales (ESCO, C., 1987).

Por otra parte, poco se sabe de la comunidad mudéjar, si bien algunos testimonios del siglo XII nos permiten aventurar que ésta no debió de constituir una aljama y que sus miembros no serían sino simples exaricos, tal como se deduce de un documento de 1135 en el que Ramiro II concede a García Lópiz de Bolea, por sus servicios, el moro llamado Farage, con todas sus casas y heredades:

"...concedo vobis in Boleia illo mauro alcazez quod dicitur Farage, cum suas casas et cum omni earum hereditate que ei pertinent..." (BALAGUER, F., 1952, 353).

Con todo ello, es necesario señalar que, al contrario de lo que ocurre con la mayor parte de los núcleos militares conquistados, Bolea fue de las poblaciones que mantuvo una comunidad mudéjar en los siglos XII y XIII, aunque con posterioridad ésta debió de desplazarse a otros centros, ya que no aparecen más referencias documentales a la misma ni a sus miembros.

Esta afirmación no es gratuita y aparece avalada por el hecho de que, si analizamos los distintos cuadros del poblamiento mudéjar en el Somontano oscense (ESCO, C. y UTRILLA, J., 1986), podremos observar que de los tres núcleos con hábitat mudéjar sitios en esta área, Bolea, Puibolea y Lierta, sólo en la primera se atestigua la existencia de esta comunidad en los siglos XII y XIII. Pero, mientras dichas gentes parecen abandonar Bolea a partir del siglo XIII, es precisamente entonces —siglos XIV y XV— cuando éstas aparecen en sus poblaciones vecinas de Puibolea y Lierta, perdurando las comunidades hasta 1610, en que se produce su expulsión definitiva del territorio peninsular. En este momento ambos centros poseían alrededor de 17 fuegos cada uno, lo que daría un global de 68 a 75 personas por comunidad/localidad.

5. ESTRUCTURA URBANA.

A diferencia de numerosos enclaves de época islámica de esta parte de la Marca Superior, son escasos las trazas y testimonios materiales hallados en Bolea. La razón de este hecho parece que se halla en su mayor parte en un desarrollo distinto en la evolución del *ḥiṣn* de Bolea y de otros yacimientos coetáneos, ya estén o no documentados en las fuentes árabes. Así, mientras en los núcleos como Bolea, Labata, Antillón o la propia *madīna* de Huesca los restos son escasos, lo que hace que en algunos casos éstos no vayan más allá del simple testimonio de la trama de su desarrollo urbano, por haberse desarrollado el poblamiento en el mismo lugar que en épocas islámicas, en otros, como Ayerbe, Marcén, Piracés, Alberuela de Tubo, etc., el núcleo cristiano se trasladó generalmente del primitivo asentamiento, sito en las zonas elevadas, hacia las partes más bajas, lo que determina que los testigos materiales de su pasado islámico sean más abundantes, pues quedaron en áreas que podríamos considerar como “fósiles” y despobladas.

Lo cierto es que son varios los documentos que nos indican que Bolea poseía un importante trazado amurallado, si bien éste ha desaparecido en su práctica totalidad. Así, ya las fuentes árabes del siglo X (RASIS) aluden a Bolea como una de las fortalezas (*ḥuṣūn*) del distrito de Huesca, mientras que otra fuente del siglo XI (al-‘UDRĪ) define más explícitamente este hecho al indicarnos que “*tiene una preciosa muralla*”. Dicho calificativo, que posee un significado posiblemente estético, contrasta con lo que se refiere en los textos sobre las defensas de Huesca, Piracés o Barbastro, donde, por el contrario, se hace mención únicamente de la fortaleza, de su potencia o de la capacidad defensiva de las mismas. Ello podría suponerse también en el núcleo aquí tratado, a tenor de la firme resistencia que éste opuso a ser conquistado por las tropas aragonesas.

La existencia de sus defensas (*castrum*) está avalada igualmente en diversos documentos latinos, cuando, al detallar la ubicación de algunas propiedades, tratan de sus murallas: “*...intro illo muro, prope illa lacuna de illa porta, usque ad illo orto, sicut se tenent in costa de illo muro...*” (UBIETO, A., 1951, 139), indicando, además, otros aspectos de gran interés, como es que sus muros se alzaban sobre una zona en cuesta o medio relieve, o que dicho recinto poseía un único acceso (NAVAL, A., 1983, 46).

Pero el hecho de que el actual núcleo de Bolea esté asentado y se haya desarrollado en gran parte sobre el de época islámica, y que a su vez este enclave haya disfrutado hasta fechas bien recientes de una considerable pujanza, son causas que debieron de ocasionar la paulatina desaparición de sus defensas. De hecho, cuando a comienzos del siglo XVII el portugués Juan Bautista LABAÑA (1616) habla del castillo de Bolea, de su testimonio parece entreverse que éste había desaparecido

ya: "*He villa del Rey, tem 200 vezinos, assentada nos faldas de hum cerro alto, donde teve antiguamente hun castello bem forte por sitio, e agora esta Igreya matriz do lugar*" (BALAGUER, F., 1952, 351).

En la actualidad, aparte de la referencia histórica a una de sus vías urbanas, la conocida como calle del Castillo, pocas son las referencias o testimonios que pueden ayudarnos a intentar reconstruir y conocer su trazado amurallado. Sin embargo, si analizamos el plano del conjunto urbano de Bolea, podremos observar que, en torno a las dos colinas entre las que se ha desarrollado éste, existen sendas partes en cuanto a su trazado que disfrutaron de unas características urbanas altamente significativas (figs. 3 y 4).

5.1. Núcleo A.

El primer conjunto se extiende en la ladera norte del altozano (A), de 685 m de altitud, donde posteriormente se erigiría la colegiata (fig. 2). Aquí, las casas se alinean en forma radial, siguiendo las curvas de nivel, asentadas, como en su zona este, en la parte extrema de un denotado bancal de arenisca, a excepción de su cara sur, donde la propia orografía del terreno, con una acusada altura y pendiente, hacen imposible todo establecimiento humano, a la vez de ser el propio medio el que confiere a esta zona un claro aspecto de inaccesibilidad. Ello hace que las calles, estrechas y angostas, corran paralelas a las edificaciones, formando todo el conjunto un semicírculo, abierto de los extremos, en cuyo centro se ubicaría la cumbre del cerro. En esta parte superior, a excepción de una posible línea de muralla o cierre, apenas perceptible y de gran dificultad para ser atribuida a un momento cronológico determinado, no queda ningún otro resto constructivo visible que pueda ser analizado (fig. 3).

En todo el perímetro de la cumbre ha podido apreciarse la existencia de numerosos fragmentos cerámicos de diversas cronologías, si bien entre ellos se ha recogido un notable número de época islámica, lo cual nos atestigua que este espacio estuvo ciertamente ocupado en dicha secuencia histórica (fig. 3).

El cierre del núcleo A, posiblemente inexistente en su cara sur por su natural inaccesibilidad, parece que discurría entre la línea de nivel de los 660 y 670 m de altitud, en el trazado ya señalado por A. NAVAL (1983, 57), por la parte baja de la calle del Castillo, calle del Horno y calle de las Herrerías. En sus dos últimas vías todavía pueden apreciarse posibles tramos del lienzo como parte integrante de los cimientos de los actuales hábitats, o indicios de la estructura de alguna de las torres en él posiblemente existentes (NAVAL, A., 1973, 43), si bien no parece que éstos se ciñan a modelos ni parámetros de otros núcleos fortificados del distrito (fig. 4).

Al igual que en otros recintos amurallados, los sucesivos reyes aragoneses propugnaron normas para que los pobladores mantuvieran en

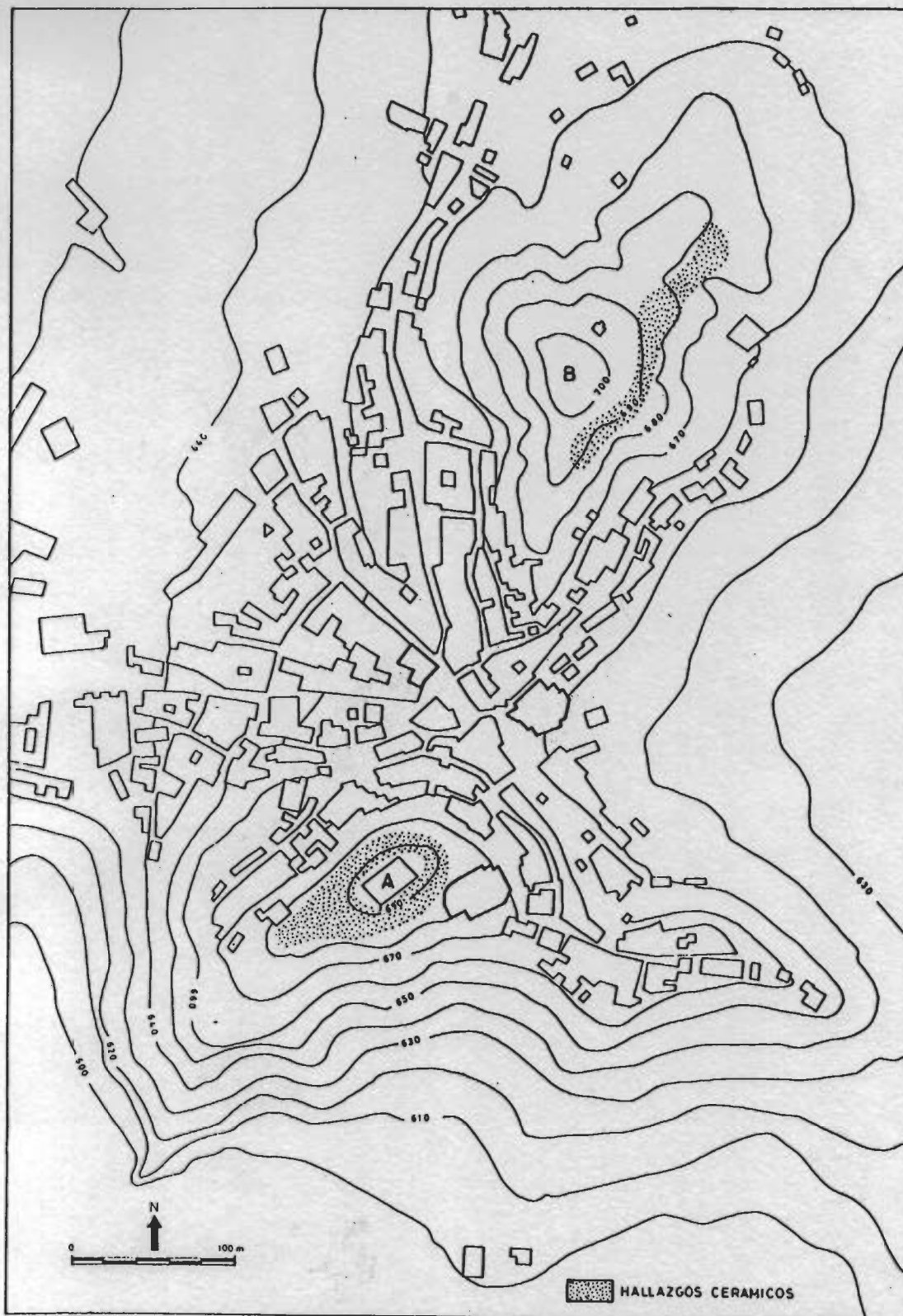


Figura 3: Plano del enclave de Bolea y distribución de los hallazgos cerámicos.

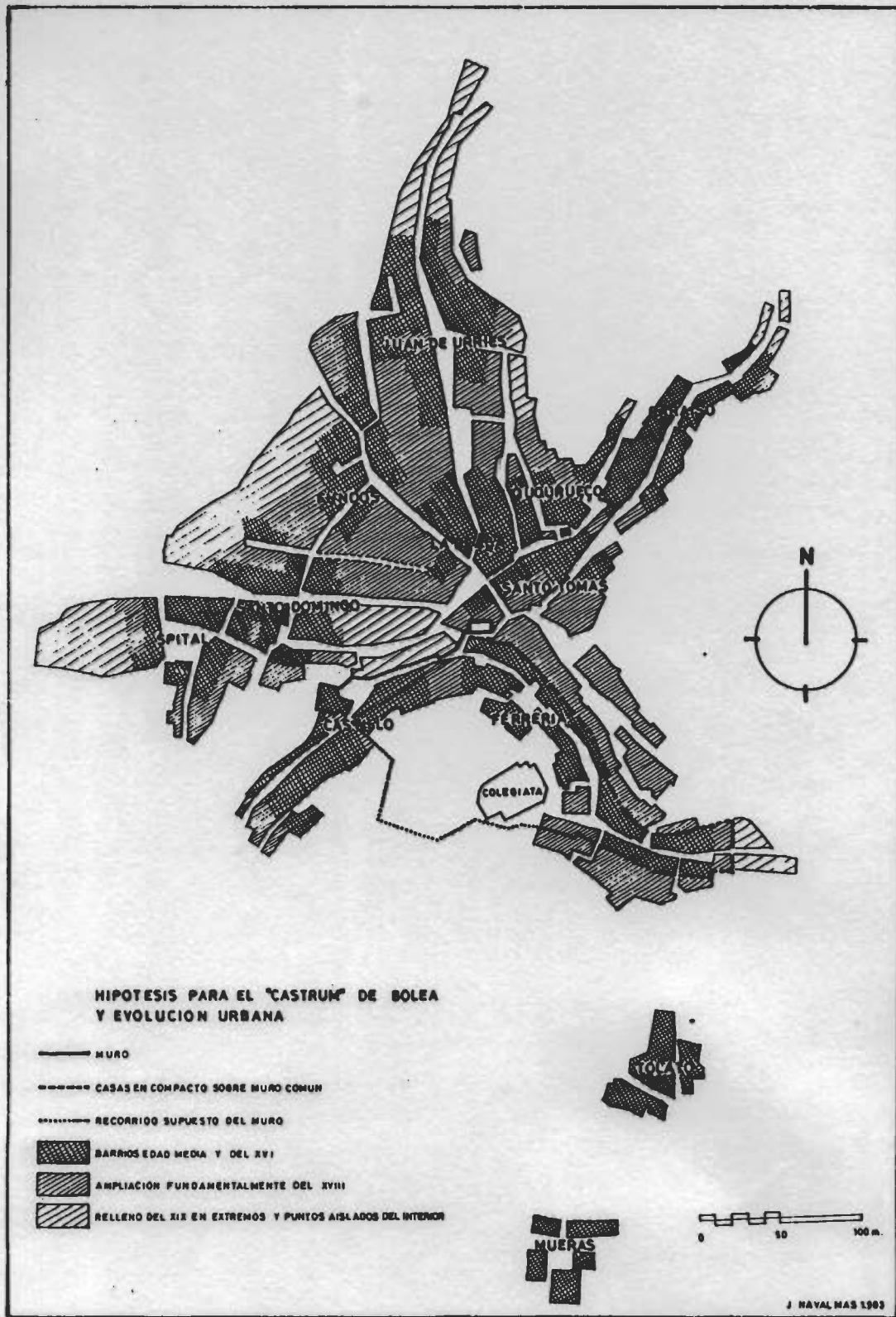


Figura 4.

buen estado sus defensas, tal como ocurre en Bolea cuando Jaime II dicta un mandamiento en este sentido a comienzos del siglo XIV (NAVAL, A., 1983, 44). Sin embargo, ya a comienzos del siglo XVII LABAÑA manifiesta su visión sobre el castillo de Bolea como ya desaparecido, y BLECUA, a finales del siglo XVIII, indica únicamente que frente a la iglesia parroquial había un torreón. Debe referirse a la torre de la Colegiata, que, a pesar de ser obra medieval, parece conservar en su parte baja lienzos reutilizados (NAVAL, A., 1983, 44), y que posiblemente tendría su conexión con el fragmento de muro próximo, lo que nos indicaría la presencia de un pequeño núcleo dentro del recinto amurallado, con una función específicamente militar, similar al que existe en el *hişn* de Piracés (ESCO, C. y SENAC, Ph., 1987).

A juzgar por las referencias documentales antes señaladas (*intro illo muro, prope illa lacuna de illa porta...*), el único acceso al núcleo debía de estar ubicado en la parte norte del centro del semicírculo citado, allí donde se une la calle de las Herrerías con la del Castillo, en las proximidades de la actual plaza Mayor, y donde parece que confluían los distintos caminos de acceso a la villa.

En el interior de este núcleo, si nos atenemos al testimonio del cronista al-'UDRĪ, se ubicaban "*molinos harineros que trabajaban constantemente en invierno y verano...*" (DE LA GRANJA, F., 1967, 506), y quizás también las mezquitas citadas en un documento de la *Colección Diplomática de la Catedral de Huesca*, en el que Sancho Ramírez y su hijo Pedro donan al monasterio de Montearagón en 1093, es decir, ocho años antes de su conquista, "*mezquitas de eadem Boleia cum omnibus que ad eas pertinent vel pertinentibus*" (DURÁN, A., 1965, 76).

5.2. Núcleo B.

El segundo de los núcleos, de 712 m de altitud, está situado frente al antes citado, ubicado por lo tanto en la punta de la cara sur de la colina denominada B, y más exactamente en el trazado urbano que se conoce con el nombre de barrio Cucuruezo, hoy transformado en Cau-rezo (figs. 3 y 4).

Se trata de un pequeño asentamiento urbano erigido en las laderas bajas de una colina, lo que hace que sus calles resulten hoy todavía sumamente estrechas y que abunden los callizos o callejones sin salida. En su parte superior, es decir, pegado a las casas más altas y siempre alrededor de la colina, discurre un camino, todavía hoy denominado "Camino del Muro", a pesar de que ya no existen restos del mismo, si bien hay que pensar que éste pudo ser de tierra, al modo que lo eran usualmente los cerramientos de protección de los arrabales musulmanes. No obstante, también cabría la posibilidad de que dicho muro rodeara la parte baja de la colina, en cuya cara este se han localizado algunos fragmentos cerámicos de época islámica, y que su parte superior, hoy totalmente pelada, pudiese albergar algún elemento defensivo o de con-

trol (no en vano en sus proximidades se encuentra la partida denominada "Fajas de La Torre").

En segundo lugar, y de acuerdo con la hipótesis de que en Bolea habitara hasta casi la primera mitad del siglo XI una importante comunidad mozárabe, pudo ser posible que ésta se asentara en dicho emplazamiento, o bien que este núcleo no fuera sino un arrabal más, nacido y desarrollado en las proximidades inmediatas de la puerta de acceso del núcleo A.

Es también muy probable que ambos centros, A y B, pudieran estar unidos mediante un muro o línea de muralla que, surgiendo de la calle del Castillo, pasara por la actual plaza Mayor y, tras envolver el barrio de Caurezo, volviese a cerrar en las proximidades de la iglesia de Santo Tomás, hoy de nuestra Señora de la Soledad. De hecho, se sabe que en el siglo XII se ubicaba alrededor de ésta un barrio que llevaba su nombre, además de un baño, hoy fuente, por lo que pasó a ser denominado "Barrio de la Fuente". A juzgar por el testimonio de J. A. VILLARREAL, recogido por A. NAVAL (1983, 12), en el trayecto de bajada de este caudal acuífero desde la ermita de la Trinidad, sita a pie de sierra, a esta fuente apareció una conducción de agua formada a base de cerámica tubular, que, a pesar de no ser estudiada, ha hecho pensar en remontar su origen a época islámica.

6. HALLAZGOS CERÁMICOS.

Al contrario de lo que ocurre con los yacimientos citados de "Betanz" y "La Corona", donde se ha localizado un gran número de fragmentos cerámicos de época ibérica y romana, en el actual núcleo de Bolea, hasta la fecha y a excepción del no cotejado hallazgo de una canalización tubular en los alrededores de la villa, no se había constatado la presencia de material cerámico de época islámica, hecho que parecía extraño si tenemos en cuenta la importancia del enclave en dicha secuencia cultural.

Tras una serie de prospecciones en las laderas de los cerros antes descritos, entre los que se ubica la actual población, pudo comprobarse, sin embargo, la presencia de cerámica de época islámica, aunque en proporciones menores a la hallada en otros asentamientos del distrito de Huesca (fig. 3). En el cerro A, los restos aparecen diseminados a lo largo y alrededor de la colina en su parte superior, allí donde ésta carece de todo tipo de edificación. En el segundo de los cerros —B—, los hallazgos sólo se han realizado en su media ladera-este, quizás la más protegida de la erosión por mantener un cierto manto vegetal. Ambos hechos confirman la utilización u ocupación de estos núcleos en época islámica, si bien, y tal como se ha expuesto, es difícil deducir o precisar qué función cumplían y qué relación podían tener entre sí.

Ciñéndonos al material cerámico en su conjunto, hay que anotar que se trata de aproximadamente unos 150 fragmentos, en su mayor

parte informes, muy deteriorados por efecto del rodamiento y, generalmente, de pasta rosácea y sin restos de vedrío, si bien entre ellos hay también un pequeño porcentaje de pastas grises y fragmentos con vedrío melado. Sólo, pues, una mínima parte del material pertenece a piezas encuadrables tipológicamente, a veces no sin grandes dificultades, y de entre ellos sólo un escaso número posee decoración, bien a base de pintura de manganeso aplicada directamente sobre la pasta o bien bajo cubierta de vedrío, generalmente melado.

6.1. Cerámica de pasta rosácea sin vedrío (fig. 5 y 6).

Son fragmentos en su mayor parte informes, producto de una cocción de técnica oxidante y de un grosor que oscila entre los cinco y los diez mm, siendo los de menor espesor muy escasos, aunque en algunos casos la parte media y/o interior posee un tono más oscuro que llega incluso a negruzco (bizcocho). Por lo general son pastas decantadas, con pequeños elementos intrusos, aunque entre los más gruesos aparecen algunos alvéolos y caliches de fino/medio tamaño, especialmente a base de sílices y cuarzos.

En su cara exterior pueden apreciarse los restos o espacios vacíos y alargados de la existencia de fibras vegetales y las estrías del torno o huellas digitales sobre un engobe, a veces en deficiente estado de conservación.

Los fondos son planos en su exterior y con estrías circulares en su interior, al igual que ocurre en sus paredes internas. A juzgar por los fragmentos más significativos y de más íntegra conservación, sus diámetros son sensibles, oscilando entre los 85 y los 90 mm, grosor que varía de acuerdo con el volumen y el tamaño de la pieza. Al igual, el ángulo de arranque del fondo con las paredes laterales depende de la bulbosidad del cuerpo de la misma. En algún caso, el fondo se prolonga más allá del nacimiento de las paredes, formando una especie de fino filete apenas perceptible (fig. 5 a, b).

Las decoraciones de estos fragmentos, cuando existen, son siempre a base de pintura de manganeso, de mayor o menor intensidad y de fino trazo, ya que no supera los 2 mm de grosor, o bien con incisiones. Entre las primeras, sin duda alguna las más abundantes, destacan los siguientes motivos, ubicados en las panzas y áreas bajas del cuello: línea(s) (fig. 5 c), dientes de sierra entre líneas paralelas (fig. 5 d) o este mismo motivo en doble disposición (fig. 5 e). De los segundos destacan los haces de líneas finas incisas en la parte alta de la panza a modo de un fino peinado (fig. 6 a), o bien las incisiones sobre un aplique o cordón.

Entre las asas, existe un claro predominio de las de tipo de cinta, con una leve acanaladura central más o menos pronunciada, o de las de sección ovoide, que arrancan de la parte superior del cuello recto o bien en la zona alta de la panza (fig. 6 b, c).

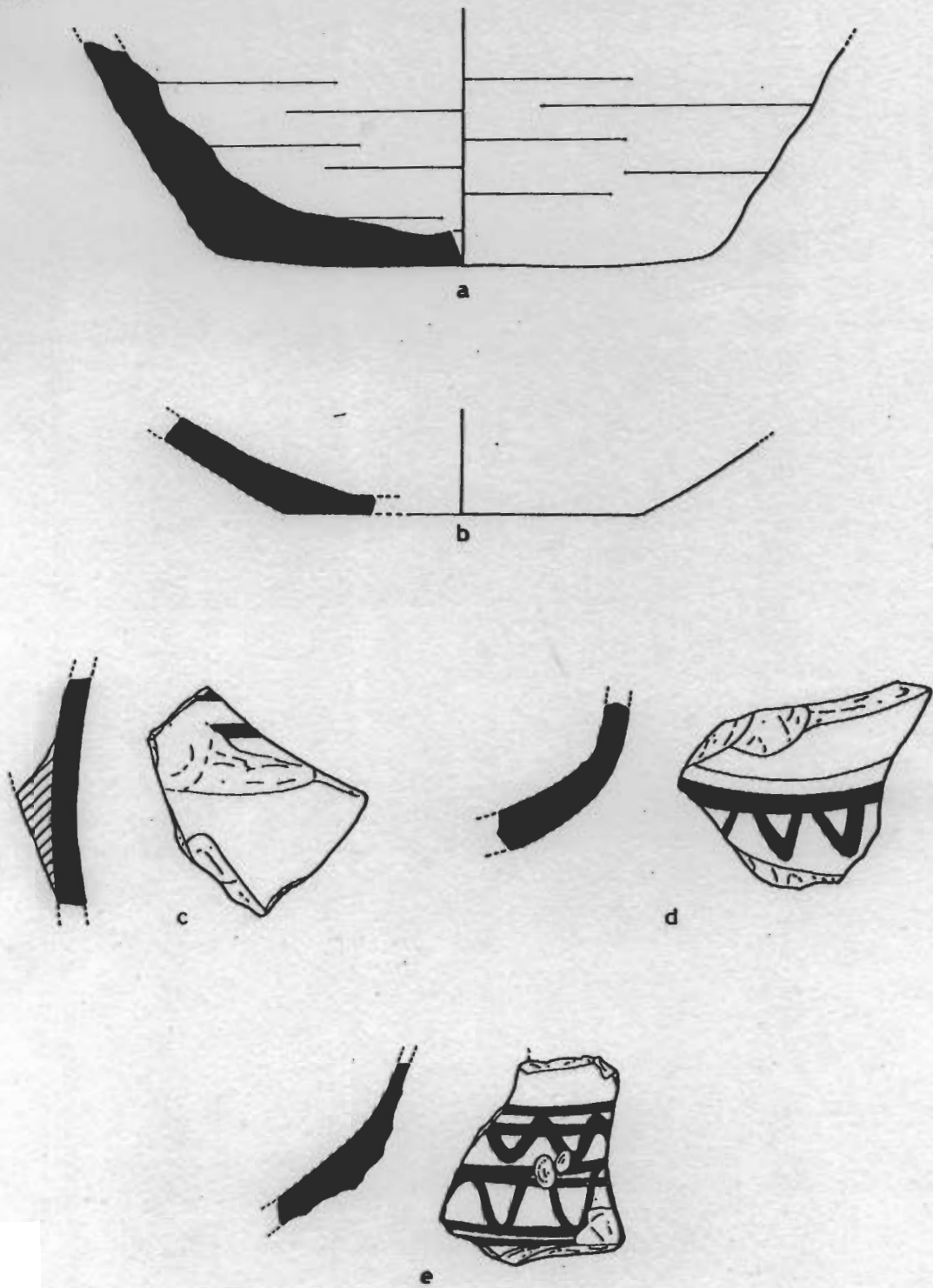


Figura 5.

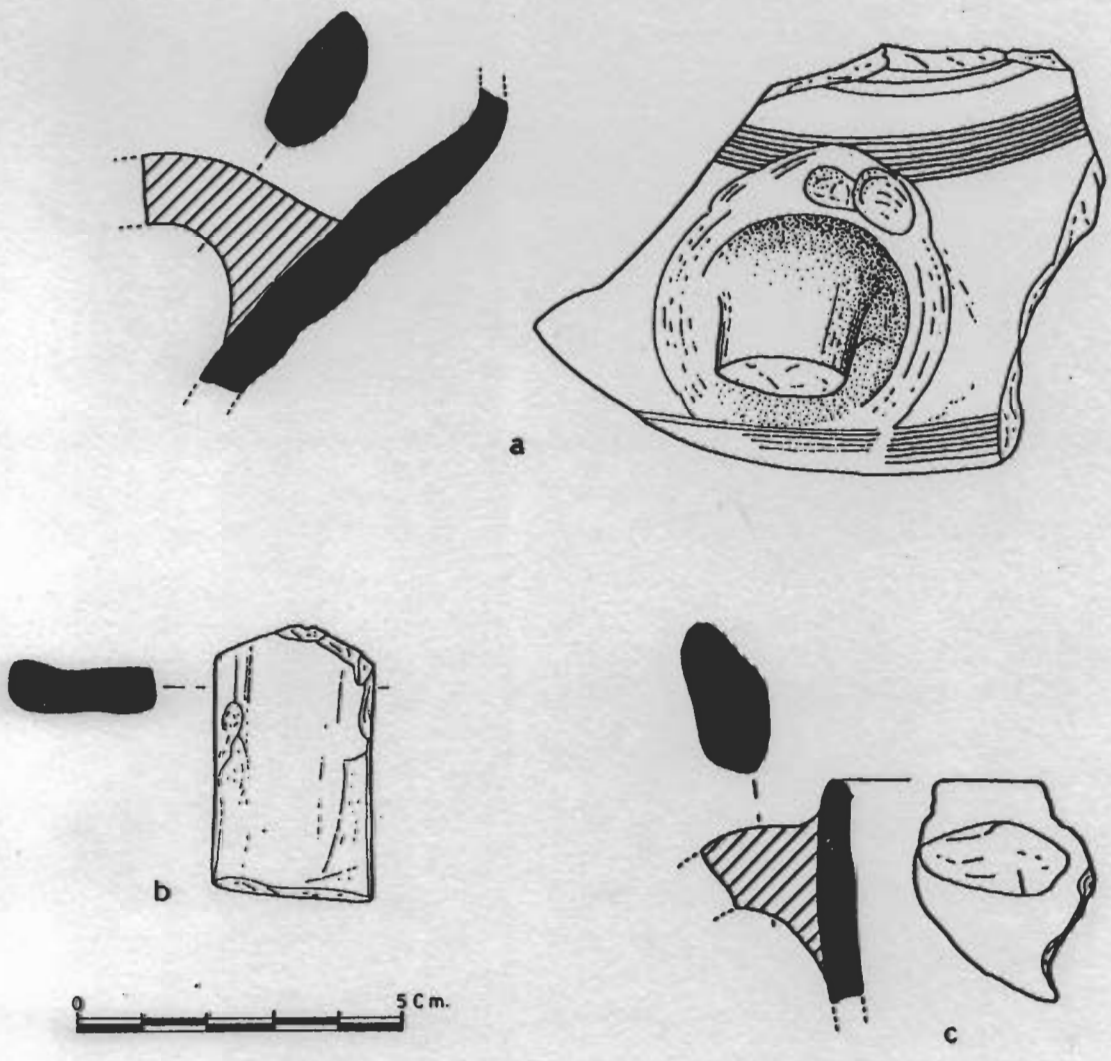


Figura 6.

Parece, pues, que en su mayor parte se trata de fragmentos pertenecientes a diversos elementos o piezas con una función contenedora, de considerable capacidad y, por lo tanto, tamaño: jarras, tinajas, ...

Existe un escaso número de fragmentos de gran grosor, que supera los 15 mm, y ligera curvatura que bien podrían ser asimilables a piezas de construcción, como son tejas para el cubrimiento de las viviendas, a tenor de su gran similitud con alguna pieza entera aparecida en la excavación de "La Iglesieta" —Usón, Huesca— (ESCO, C. y SENAC, Ph., 1986).

También es de destacar la presencia de diversos fragmentos de las denominadas jarritas, de bordes redondeados y cuellos rectos, con carena alta en la parte superior de la panza, poco pronunciada. Igualmente, entre los fragmentos de pasta rosácea y sin restos de vedrío, aunque en este caso con huellas de un engobe de tono claro, en gran parte perdido, convendría señalar la existencia de un interesante cuerpo de una redoma, que bien podría ser clasificada entre las del tipo I de Roselló (ROSELLÓ, G., 1978).

6.2. Cerámica de pasta gris.

Los fragmentos de cerámica gris hallados en el núcleo de Bolea son más bien escasos. Los que, por su similitud de formas, pastas, etc., pueden ser considerados como pertenecientes a piezas de época islámica, corresponden en su mayor parte a ollas, de tamaño y forma similares a las aparecidas en otros yacimientos del distrito, como es el caso de Piracés (ESCO, C. y SENAC, Ph., 1987) o "La Iglesieta" (ESCO, C. y SENAC, Ph., 1986).

6.3. Cerámica con vedrío (fig. 7).

Los fragmentos cerámicos que poseen una capa de vedrío son mucho menos numerosos que los primeros y, en su mayor parte, parecen corresponder a atafiores y piezas de pequeño tamaño, como redomas y jarritas, si bien hay varios de ellos cuya atribución resulta de difícil precisión por no ser suficientemente representativos:

— Fragmento de atafior de borde recto, con labio redondeado, exvasado y moldura en el exterior. Poseen sus dos caras una capa de vedrío de color melado, de aspecto monocromo en la interior, mientras que la exterior describe una leyenda epigráfica "*al-Mulk*", si bien se halla fragmentada. De acuerdo con sus características formales, dicho atafior parece corresponder al tipo II b de la clasificación de ROSELLÓ, cronológicamente encuadrable a fines del siglo XI y comienzos del XII (fig. 7 a).

— Fragmento de pared de un atafior de pasta rosácea, de grosor variable, entre los 8 mm en su parte baja a los 6 mm en su zona alta. Su cara exterior no posee vedrío y en ella se aprecian diversas estrías, tres de ellas muy marcadas. En la interior, lleva una capa melada de tono oscuro bajo la cual se advierte un amplio trazo lineal a base de pintura de manganeso.

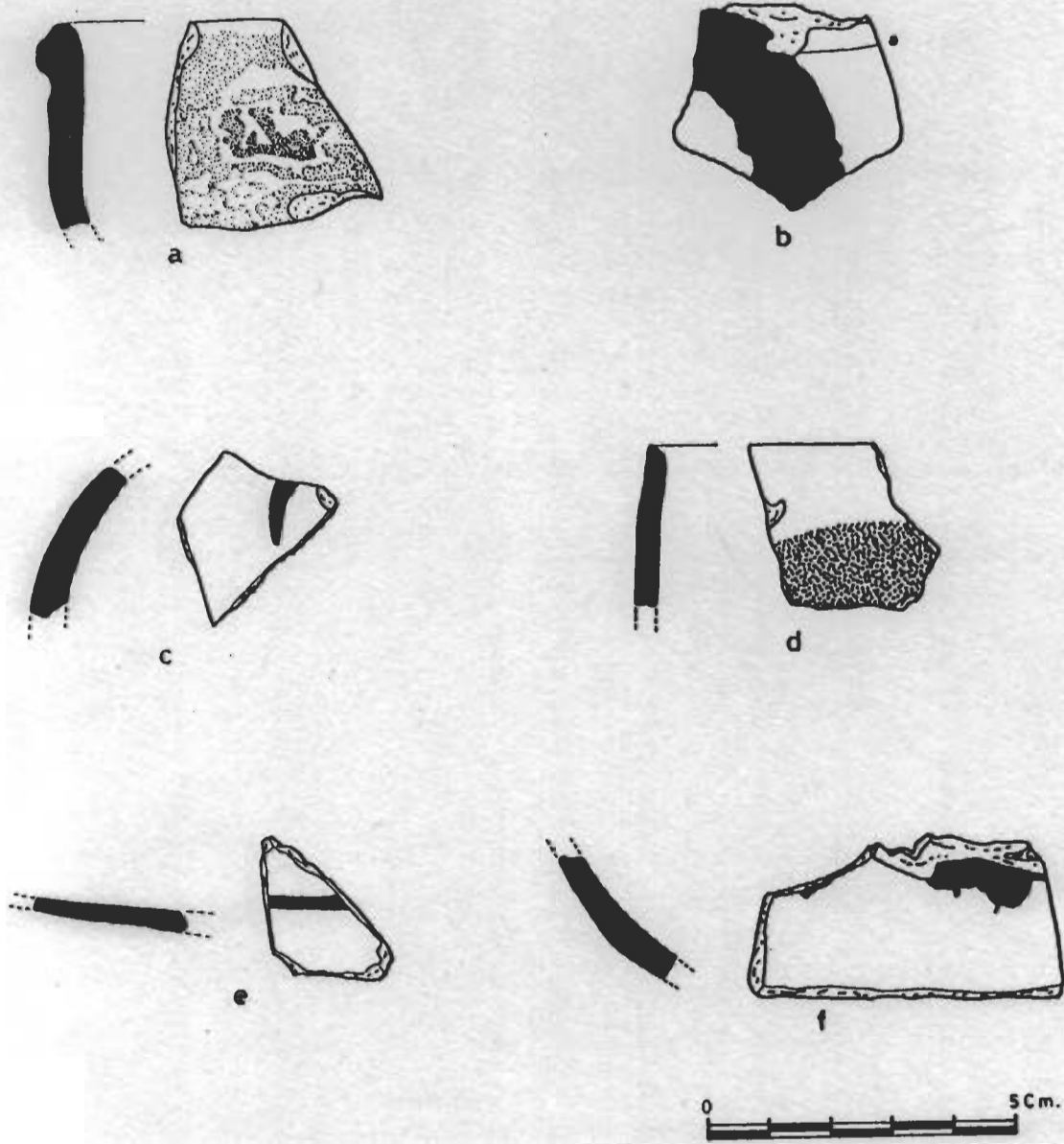


Figura 7.

— Pequeño fragmento informe de pasta rosácea de tono muy claro, bien decantada y de 5 mm de grosor. Posee un vedrío melado en ambas caras, si bien en la exterior se aprecia un trazo curvo de pintura de manganeso bajo cubierta (fig. 7 b).

— Fragmento informe de pasta rojiza, bien decantada, de 5 mm de grosor y con intrusiones de pequeño tamaño. Sus caras, si bien la interior está bastante deteriorada, han poseído una capa de vedrío de color melado de tono intenso, y en la exterior se aprecia bajo ésta la existencia de un irregular trazo muy oscuro realizado a base de pintura de manganeso (fig. 7 c).

— Fragmento de borde recto, con labio redondeado, ligeramente biselado hacia el interior, de pasta rosácea de fino grosor —4 mm—, que posee un vedrío de color marrón muy intenso, el cual cubre en su totalidad la parte interna y, parcialmente, la externa (fig. 7 d).

— Pequeño fragmento de pasta rosácea, de 4 mm de grosor, y con abundantes elementos intrusos de pequeño tamaño, cuyas paredes llevan una capa vítrea de color melado, y una de ellas, la exterior, una fina línea bajo dicha cubierta de pintura de manganeso (fig. 7 e).

— Fragmento informe de pasta rosácea, de 5 mm de grosor, que parece corresponder a las paredes de un ataífor. Sus dos caras poseen una cubierta vítrea a base de un barniz de color marrón, y la de su interior, en uno de sus extremos, conserva restos de un trazo irregular a base de pintura de manganeso bajo cubierta (fig. 7 f).

A excepción de los descritos y de un gran número de fragmentos de cerámica común, en muchos casos de época islámica, si bien también posteriores, no se ha hallado en los dos cerros descritos de Bolea ningún resto material, ni por lo tanto cerámico, que corresponda a secuencias culturales más antiguas, a excepción de un informe e insignificante fragmento de *terra sigillata*, que nos aporta poco sobre la posible y, a tenor de lo dicho, improbable ocupación del actual asentamiento de Bolea en época anterior a la islámica.

7. CONCLUSIONES.

Tal como se observa habitualmente en esta parte de la Marca Superior, el nombre dado a Bolea no deriva de la lengua árabe, sino de la transcripción de un topónimo más antiguo. Las distintas formas aparecidas, como son *Yulūyo* (al-^UDRĪ) o *Tolia* (al-RĀZĪ), resultan de la probable ausencia de puntos diacríticos en el manuscrito original (DE LA GRANJA, 1967, 519).

Los testimonios existentes parecen indicar que Bolea fue una fundación *ex novo* de los primeros momentos de la ocupación islámica, si bien su entorno poseería ya en este momento un importante poblamiento, constituido por gentes hispanovisigodas que subsistirán en los primeros siglos en sus primitivos asentamientos, conformando una comunidad mozárabe de la que se ignoran su importancia y exacta función.

Posiblemente, y tras la instauración del califato, dichos grupos pudieron ser reagrupados en el área urbana de Bolea, y de ahí la posible

explicación de la existencia de dos barrios bien definidos, uno amurallado y otro desarrollado en su zona de acceso. A comienzos del siglo XI, y tras una serie de condicionantes internos en el mundo andalusí, esta convivencia parece que cambió de rumbo, ya que se produjeron distintas acciones en el ámbito general que ocasionaron la huida de mozárabes a áreas y centros monásticos de los Pirineos, si bien otros debieron de permanecer en los hábitats musulmanes, facilitando en lo sucesivo, como ocurre en el caso de Puibolea, las primeras acciones o intentos de conquista de los reyes aragoneses.

Por otra parte, si nos referimos a las palabras utilizadas por al-'UDRĪ al comienzo de la descripción del distrito: "*wa min ma' āqiliha al-mutanāhiya*", así como a la propia ubicación en el extremo septentrional del citado territorio, parece claro que Bolea era una de las fortalezas fronterizas del mismo en esta zona, y posiblemente una de las más importantes. Sin embargo, puede observarse que el enclave de Bolea aparece en el texto del referido cronista como *qaṣr ḥiṣn* y *ma'qil*. En función de este ejemplo y del caso muy próximo del *ḥiṣn* de Sen y Men, conocido como "Salto de Roldán" (ESCO, C. y SENAC, Ph., 1987), donde *ḥiṣn*, *ma'qil* y *ṣaḥra* aparecen como sinónimos, podría deducirse que, en esta parte de la Marca Superior por lo menos, las palabras árabes empleadas para designar asentamientos no tienen un valor muy preciso, de modo que podían utilizarse perfectamente como equivalentes. Al menos ello es claro para el término *ḥiṣn* con respecto al resto de las denominaciones, de acuerdo con las características particulares de cada enclave, si bien los detalles referidos por al-'UDRĪ permiten en este caso precisar la estructura del *ḥiṣn*: se trataba aparentemente de un lugar bien fortificado, en cuyo interior se hallaban casas y molinos.

La fuente árabe da la impresión de que Bolea era un enclave fortificado muy poblado, cuya red urbana resultaba densa en comparación con la de otros lugares descritos. De hecho, y en lo que se refiere a las fortificaciones del distrito de Huesca, y sólo se cita de forma específica la existencia de su población, entendiéndose como tal la civil, en las referencias a los *ḥuṣūn* de Bolea y Piracés, pudiendo ser ello significativo de la importancia militar y económica de ambos centros. Por otra parte, el hecho de que los dos establecimientos citados disten entre sí unos cuarenta kilómetros aproximadamente, o lo que es lo mismo, una jornada según el cálculo establecido ya en el *Códice Calixtino* —21 millas—, y que la *madīna* esté ubicada en su punto medio, así como su situación, al noroeste y al sureste de ésta, respectivamente, a lo largo de las antiguas vías romanas que accedían del Pirineo y Lérida, obligan a pensar que estamos frente a un sistema de poblamiento organizado que ajustaría en rasgos generales con el esquema de las comunicaciones de *al-Andalus* (ZOZAYA, J., 1987).

Estos dos puntos debían desempeñar, pues, un papel importante en el distrito musulmán como elementos fundamentales del ordenamiento de su poblamiento, de sus comunicaciones y de la defensa de la *madīna*, desarrollando en sus zonas de frontera una doble función, la militar y

la económica. Son, pues, centros que controlan una amplia zona del *limes* del distrito, por los cuales discurren dos de los accesos más importantes a su centro neurálgico —*madīna*—, y en cuyo entorno se asentaba un importante hábitat, distribuido en pequeños enclaves de carácter eminentemente agropecuario. La necesidad de establecer una más efectiva y racional defensa de estas áreas y vías determinó, pues, tanto su existencia como la de sus peculiares trazados urbanos amurallados, de una gran amplitud y capaces de servir de refugio a la población circundante.

De hecho, Bolea seguirá siendo tras su conquista por parte de los cristianos un centro básico de su ordenamiento militar, tal como se demuestra en el nombramiento del teniente existente en el castillo de Loarre, si bien este proceso no pudo realizarse de forma ordenada y lineal, a tenor, precisamente, del potencial militar del enclave, lo que ocasionó la existencia de una gran bolsada de resistencia de la que este punto era su centro rector.

Pero, a diferencia de la de los otros *ḥuṣūn*, la población civil de Bolea debió de mantenerse en su primitivo lugar de origen, al menos parcialmente durante los siglos XII y XIII, si bien a partir de este momento se verá sustituida por gentes cristianas procedentes de las zonas próximas de la sierra, animadas a ello por los poderes nobiliarios y eclesiásticos, ansiosos de ubicarse en zonas de una mayor rentabilidad económica.

A partir de aquí Bolea crecerá demográficamente y desarrollará su estructura urbana sobre los antiguos espacios ubicados intra y extra-muros, viniendo ello a ocasionar la paulatina transformación y posterior pérdida de los elementos identificativos de una sociedad andalusí que la ocupó durante cuatro siglos.

8. BIBLIOGRAFÍA.

- AZUAR, R., *Una interpretación del "hisn" musulmán en el ámbito rural*, "Rev. del Instituto de Estudios Alicantinos", 37 (Alicante, 1983), pp. 33-41.
- BALAGUER, F., *Bolea en la época de Ramiro II de Aragón*, "Argensola", 12 (Huesca, 1952), pp. 347-356.
- BAZZANA, A., *La cerámica islámica en la ciudad de Valencia (I). Catálogo*, Valencia, 1983.
- BOSCH VILA, J., *Los documentos árabes del Archivo Catedral de Huesca*, "Revista del Instituto de Estudios Islámicos", vol. V, fasc. 1-2 (Madrid, 1957), pp. 1-51.
- CASTÁN, A., *Importante yacimiento romano en Bolea*, "Heraldo de Aragón" (Zaragoza, 10-VIII-1974).
- CATALÁN, D. y DE ANDRÉS, M. S. *Crónica del moro Rasis*, en *Fuentes cronísticas de la Historia de España*, III, Seminario Menéndez Pidal, Univ. Madrid, Ed. Gredos, Madrid, 1975.
- CODERA, F., *La denominación árabe en la Frontera Superior, o sea, poco más o menos, en la Cuenca del Ebro y en la Galia meridional, año 711-815*, "Estudios críticos de historia árabe", t. VIII (1972), pp. 97-223.

- CODERA, F., *Límites probables de la conquista árabe en la cordillera pirenaica*, "Estudios críticos de historia árabe española", t. VIII (1917), pp. 235-276.
- DALLIERE-BENELHADJ, V., *Le "château" en al-Andalus: un problème de terminologie*, en *Habitats fortifiés et organisation de l'espace en Méditerranée Médiévale*, Mesa Redonda del 4 y 5 mayo 1982, Colección "Travaux de la Maison de l'Orient", núm. 4, 1982, pp. 63-68.
- DE LA GRANJA, F., *La Marca Superior en la obra de al-Udri*, "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón", vol. VIII (Zaragoza, 1976), pp. 447-545.
- DOMÍNGUEZ, A., *Hallazgos de monedas en la provincia de Huesca*, "Argensola", 86 (Huesca, 1978), pp. 391-397.
- DOMÍNGUEZ, A. et alii, *Carta Arqueológica de España. Huesca*, Diputación Provincial de Huesca, Huesca, 1984.
- DURÁN, A., *Colección Diplomática de la Catedral de Huesca*, Escuela de Estudios Medievales (C.S.I.C.), Instituto de Estudios Pirenaicos, Fuentes para la Historia del Pirineo, V, Zaragoza, 1965.
- ESCO, C., *El monasterio de Mote Aragón en el siglo XIII: poder político y dominios eclesiásticos en el Alto Aragón*, Ayuntamiento de Huesca, Huesca, 1987.
- ESCO, C. y SENAC, Ph., *El poblamiento del distrito musulmán de Huesca. Primeras Observaciones. 1986*, "Arqueología Aragonesa" (Zaragoza, 1986) (en prensa).
- ESCO, C. y SENAC, Ph., *Un hisn de la Marche Supérieure d'al-Andalus: Piracés, Huesca*, "Mélanges de la Casa de Velázquez" (París, 1987).
- ESCO, C. y SENAC, Ph., *Une forteresse de la Marche Supérieure d'al-Andalus: le hisn de Sen et Men*, "Annales du Midi", 1987 (en prensa).
- ESCO, C. y UTRILLA, F., *La población mudéjar en la Hoya de Huesca (siglos XII y XIII)*, en *Actas del III Simposio Internacional de Mudejarismo, Teruel, 20-24 de setiembre de 1984*, Teruel, 1986, pp. 187-208.
- FATÁS, G., *Las tierras oscenses desde Sertorio hasta la invasión musulmana, en Alto Aragón, su historia, cultura y arte*, Zaragoza, 1976, pp. 53-77.
- GIRALT, J., *La cerámica andalusina de Balaguer*, tesis de licenciatura inédita, ejemplar dactilografiado, Estudi General de Lleida, Lérida, 1986.
- LEVI-PROVENÇAL, E., *La Description de l'Espagne d'Ahmad al-Rāzī*, "Al-Andalus", t. XVIII (Madrid, 1953).
- LOSTAL, J., *Arqueología del Aragón romano*, Institución Fernando el Católico, Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 1980, p. 36.
- NAVAL, A. y NAVAL, J., *Inventario artístico de Huesca y su provincia*, t. II, Madrid, 1980, pp. 58-59.
- ROSELLÓ, G., *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe en Mallorca*, Instituto de Estudios Baleáricos, Diputación Provincial de Baleares, Palma de Mallorca, 1978.
- SANCHO, L., *El Convento Jurídico Cesaraugustano*, Institución Fernando el Católico, Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 1981.
- TERÉS, E. y VIGUERA, M. J., *Sobre las Calahorras*, "Al-Qantara" (Cáceres, 1981), pp. 265-275.
- UBIETO, A., *Colección Diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra*, Escuela de Estudios Medievales (C.S.I.C.), Zaragoza, 1951.
- UBIETO, A., *Cartulario de S. Juan de la Peña*, vol. II, Ed. Anúbar, Valencia, 1963.
- UBIETO, A., *Historia de Aragón. La formación territorial*, vol. I, Ed. Anúbar, Zaragoza, 1981.

- UBIETO, Agustín, *Toponimia aragonesa medieval*, Ed. Anúbar, Valencia, 1972.
- UTRILLA, P., *El yacimiento megalítico de Santa Quiteria (Bolea, Huesca)*, en *Bajo Aragón, Prehistoria*, III, Zaragoza, 1981, pp. 21-27.
- VIGUERA, M. J., *Aragón musulmán*, Colec. Aragón, Lib. General, Zaragoza, 1981.
- ZOZAYA, J., *Notas sobre las comunicaciones en el al-Andalus Omeya*, en *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española*, tomo I: Ponencias, Madrid, 1987, pp. 219-228.